



Núm. 4.^o

10 de Diciembre de 1860.

Año I.

LA NIÑA PERDIDA.

(Imitado del inglés.)

Una pequeña Enriqueta, que apenas habia cumplido cinco años, era una hermosa niña, alegre, amable, y que saludaba á todos los que veia sin que hubiera necesidad de advertírselo. Pero á pesar de tan buenas cualidades, tenia el gran defecto de quedarse parada ante todos los escaparates de las tiendas, y de dirigirse á todos lados, deteniéndose en algunos, cuando salia con su mamá ó con su niñera, de tal modo, que era preciso estarla llamando á cada paso y animándola para que no se quedase atrás ó se perdiera.

Una tarde que salió á pasear con la criada, poniendo en práctica su costumbre de todos los dias, se detuvo ante una tienda de juguetes en donde habia un precioso polichinela. De pronto invadió la calle una multitud de personas que

corrian en persecucion de un malhechor, y Enriqueta, que habia perdido de vista en aquella confusion á su criada, echó á correr con la mayor ligereza para encontrarla en el camino; pero como el sitio donde se habia parado á mirar el juguete era una encrucijada de donde partian seis calles diferentes, sucedió que cuanto más corria más se apartaba de su niñera; y hay que advertir á todo esto que se guardó muy bien de llorar, porque á pesar de sus pocos años conocia muy bien que la culpa era suya, por haberse detenido.

La criada, que no dejaba de ser algun tanto culpable por haberse alejado de ella, no hallándola delante de la tienda de los juguetes, creyó que habria vuelto á casa, y se dirigió en su busca, no imaginando lo que podria suceder.

¿Y qué sucedió? Que Enriqueta se encontró sola en medio de las calles de Madrid, donde anda tanta gente, tanta gente, que es difícil con extremo encontrar el camino que se debe seguir.

Cuando la pobre niña se apercibió de que se habia perdido, comenzó á llorar, pero muy sua-

vemente, porque le infundian miedo todos cuantos pasaban á su lado.

Una anciana andrajosa que la encontró indecisa en medio de la calle y que la vió llorar, se acercó á ella y la preguntó por qué motivo lloraba de aquel modo.

—¡Ay, señora! respondió Enriqueta sollozando, es que he perdido á mi criada.

—¿No es nada más que eso? repuso la vieja acariciándola. Vaya..... vaya; enjuga tu llanto, hija mia, y no tengas cuidado, que yó te llevaré adonde te está aguardando tu criada.

La niña la siguió cogida de su mano, y corrieron calles y más calles, hasta que siendo ya de noche, muy de noche, se atrevió la pobre Enriqueta á preguntar si encontrarían pronto á la criada.

—Ya tardaremos poco, dijo la anciana, y continuaron caminando.

La noche estaba muy oscura, y como se encontraban lejos del centro, los faroles de las calles estaban apagados ó arrojaban una luz moribunda.

Enriqueta no se atrevía á llorar, pero sentía agolpársele las lágrimas á los ojos.

De pronto se paró la mujer andrajosa delante de una puerta toda desvencijada y carcomida, y besando la frente de Enriqueta le dijo:

—Ven, hija mia..... entra aquí unos instantes nada más, y déjame que guarde tus pendientes de oro y tu collar de ámbar, porque como es de noche te los podría robar cualquier ladrón; y al decir esto quitó de sus orejas y de su cuello los pendientes y el collar, los guardó en su bolsillo, y entraron en un cuarto que solo su vista infundía pavor, porque las paredes estaban ennegrecidas, y los muebles rotos, súcios y colocados con el mayor desórden.

Enriqueta, al verse allí, comenzó á llorar de todas veras; pero calló bien pronto, porque la vieja la amenazó con una bofetada, mientras la despojaba de su vestido de seda y de su camisa de batista bordada.

Después de hecha esta operacion la puso una blusa gris casi descolorida, la cogió de la mano, salieron á la calle, y la dejó en una plazuela inmediata, diciéndola al marcharse:

—Espera aquí un momento hasta que vuelva con tu criada; pero guárdate de llorar, porque entonces ni á ella ni á mí nos volverás á ver.

Se alejó después de pronunciar esta amonestacion, y se alejó para siempre de Enriqueta, porque aquella mujer era una ladrona, que al hallar sola á la inocente niña, creyó que con poco trabajo podría despojarla de sus alhajas y su traje.

Ya habria trascurrido una hora desde que Enriqueta se hallaba sola esperando á su criada, cuando pasó por cerca de ella un trapero armado con su correspondiente gancho de hierro y su espuerta de trapos.

—¿Qué haces ahí, muchacha? le preguntó al mismo tiempo que aproximaba á su rostro su farolillo.

—¡Ay, señor! respondió la niña; me he perdido y no encuentro mi camino.

El trapero la preguntó el nombre de su papá, y la tontuela le contestó que se llamaba Papá, sin que tampoco pudiera decirle las señas de su casa.

—¿Con que no sabes nada? repuso el trapero: bah! pues será preciso que te vengas conmigo; si no, te morirás de frío. Ea, sígueme, y Dios dirá mañana.

Enriqueta obedeció, y después de haber pasado una calle muy larga llegaron á un granero, donde la hizo acostar su protector sobre la paja, y donde la niña se durmió acosada por el cansancio.

Al día siguiente la dió un pedazo de pan negro para almorzar, y no sabia qué hacer de ella, cuando entró á verle un amigo pordiosero, á quien contó cuanto le habia pasado con Enriqueta.

El mendigo fijó su vista en la infeliz abandonada, y acto continuo se la pidió á su amigo, porque era bonita é interesaria á los que demandase limosna.

Enriqueta, que se enteró de esta proposicion, no pudo contener el llanto que la ahogaba, y prorumpió en los más lastimeros quejidos, diciendo al mismo tiempo que no pediría limosna, porque su papá era rico; pero el trapero, que no tenia muy buen humor, levantó

su gancho de hierro y juró descargarlo sobre su cabeza si no callaba. Esta amenaza logró su objeto, llenando de miedo á la pobre Enriqueta, que salió del granero con el mendigo y fué á sentarse con él á la puerta de una iglesia, donde tenia costumbre de pedir limosna. La niña tuvo que demandar tambien la caridad, porque si no obedecia las órdenes del pordiosero, la maltrataba sin compasion.

Pasaron cuatro dias, y una tarde se acercó á ellos un caballero y depositó en el viejo sombrero del pobre una moneda. Iba á marcharse, pero la vista de la niña le detuvo. Se apresuró á preguntarla su nombre, y al oirle se admiró de verla con aquel traje y en aquel sitio, cuando no hacia una semana que la habia acariciado en su casa, porque era amigo de su padre.

La arrebató de las manos del mendigo, y por el camino escuchó de sus labios cuanto la habia pasado en los dias en que se hallaba separada de su familia.

El caballero la reprendió por su mala costumbre de detenerse en todas partes, que la habia conducido hasta un estado tan lastimoso; la hizo ver el disgusto que habia ocasionado á sus papás, que no habiéndola encontrado la lloraban perdida para siempre, y la condujo hasta su casa, en donde la recibieron con la mayor alegría, la dieron ropas nuevas, y la acariciaron con el mayor afecto.

Su mamá, despues de haberla estrechado contra su corazon, le dijo:

—Ya has visto, hija mia, lo que resulta de no obedecer á los mayores: si no te hubieras separado ni un instante de la criada, como te tenia dicho tantas veces, no te hubieras perdido ni pasado las pesadumbres que te han afligido. Yo espero que en adelante obedecerás cuanto te mande, porque los niños no tienen nadie que los quiera más que sus padres, y cuanto sus padres les dicen es por su bien.

Enriqueta prometió ser obediente en adelante, y hoy es querida de todo el mundo, y nunca asoman á sus ojos las lágrimas.

Obedeced siempre, hijos míos, y no os sucederá lo que á la pobre Enriqueta.

Julio NOMBELA.

RONCESVALLES.

¿Quién no sabe la historia de la batalla de este nombre, en que pereció la flor del ejército del célebre Carlomagno?

Pocos la ignoran, porque se halla referida en muchos libros, aunque de distintas maneras.

Hé aquí cómo la cuenta el autor de los anales del glorioso restaurador del imperio de Occidente:

«En el año 777, Cárlos celebró un parlamento Paderborn, al que vinieron de todas partes á someterse al príncipe. Ebu-el-Arabi y Abiathar, gobernadores sarracenos, el uno de Zaragoza y el otro de Huesca, acudieron tambien á esta asamblea. Por medio de un tratado que hicieron con Cárlos, se comprometió este príncipe á restablecerles en sus gobiernos, de que les habia despojado Abderraman. El fruto de esta expedicion, emprendida al siguiente año, fué el que Cárlos conquistase la Navarra y una parte de Aragon hasta el Ebro; pero al regresar aquel á su país fué sorprendida la retaguardia de su ejército, y destrozada completamente en el valle de Roncevalles. Su sobrino Rolando pereció en este encuentro.

»Mas en esta sencilla narracion no se nos dicen los pormenores de la batalla, ni los más interesantes de la muerte de Rolando; por lo que habremos de contarlos segun los hallamos escritos en un poema de aquella remota época.

»Las primeras victorias embriagaron á los franceses, y fueron causa de la pérdida de todo: no hacian caso de las órdenes de sus jefes, y creian que el vencer es tan fácil como el atacar. El amor al botin y la sed de sangre los conducia adulándolos á sufrir su cruel destino. En vano hizo Rolando cuanto puede hacer un jefe para oponerse á la ciega furia de aquella soldadesca; en vano quiso contener su loco arrojo: la mano que enciende no puede apagar la llama; solo el enemigo pudo contenerlos satisfaciendo su venganza en aquel desordenado ejército. No contaban con las retiradas fingidas, las emboscadas nocturnas, el peligro diario y la batalla dilatada, la falta del esperado socorro, las noches pasadas en el campo bajo el húmedo cielo, la resistencia de las paredes que se burlan de los cam-

pamentos y acaban con la paciencia del corazón más ardiente. Sabían batirse en el día de la batalla, y preferían la muerte á llevar aquella vida de sufrimientos, viendo diezadas sus filas por el hambre y las enfermedades. Los mismos triunfos los descontentaban ya, y solo Rolando parecía decidido á continuarlos. Pero ¡cuán pocos quedaban para obedecer su voz ó ayudar á su brazo! Reducido su ejército á una pequeña partida, aquellos pocos desesperados decidieron al fin sujetarse á una disciplina que habían en un principio desdeñado. Una esperanza les quedaba; la proximidad de la frontera, donde podían librarse de la persecución de los naturales.

»Esto resuelto, marchan en la misma oscuridad de la noche, guiados por una estrella que alumbra su dificultosa fuga. Ya perciben su tranquilo rayo dormido en la superficie del arroyo de la frontera; llenos de alegría gritan entonces:

—¡Nos hemos salvado!—Pero ¡ah! la cumbre de la montaña está guardada por un ejército de navarros.—¡Regresar ó huir!—¿Qué brilla á la retaguardia?—Una bandera. ¡Es la de Leon!—Ya se oyen los pasos de los enemigos.—¿Son hogueras de pastores las que arden en lo alto de las montañas?—¡Oh! sus luces están demasiado próximas para dejar ninguna esperanza de salvación!

»¡Se detienen para meditar un momento! ¿Atacarán ó esperarán? Mas ¿qué importa? Si atacan á los enemigos unos cuantos, quizá podrán romper su línea y pasar por en medio de ella; sin embargo, poco caso hacen de semejante proyecto.—Ataquemos nosotros, pues esperarlos á ellos sería dar motivo á que nos creyesen cobardes.—Preparan las lanzas y desnudan las espadas. ¡Ay! la primera palabra de Rolando sería para muchos la señal de su muerte.



Batalla de Roncevalles.

»Con aire tranquilo, aunque grave y en cierto modo indiferente, dirige Rolando una mirada á su paje, hermoso niño, que á pesar de lo tierno de su edad tiene el ánimo suficiente para no dejar descubrir en sus ojos el menor rayo de temor. Quizá la luz de la luna daba á su triste rostro un tinte de dulce palidez, bastante para

revelar la verdad, pero no el miedo de su pecho. Rolando lo notó, y le tendió su mano. No temblaba, á pesar de lo solemne de los momentos: sus labios estaban silenciosos; apenas latía su corazón; solo su ojo parecía decir: ¡pueden perecer tus gentes ó tus amigos huir; me despediré de la vida, pero no de ti! Da Rolando la ór-

den, y todos avanzan; se estrechan contra las filas enemigas, obedeciendo á su jefe. Aunque escasos en número, no escasos de valor, la desesperación aumenta en osadía y afrontan á los contrarios; mézclase la sangre con el cercano arroyo, á que tiñen de carmesí los primeros rayos de la aurora.

»Por todas partes se escucha la voz de Rolando mandando, animando, ayudándolos á todos: donde el enemigo parece más decidido á vencer, allí se presenta á caballo, inspirando una esperanza que él mismo ha dejado de sentir. Ninguno huye, pues demasiado conocen que es imposible la fuga; pero si alguno intenta volver atrás, desesperado de vencer al enemigo, la mirada y la lanza de su jefe le llevan hácia delante. Tan pronto seguido de muchos, como casi solo, recorre las filas, ó reúne á su alrededor á los suyos. Sin descansar un momento se halla en todos lados; ve una ocasión oportuna; pueden salvarse; levanta la mano para hacer la señal.—Pero ¡ay! una flecha atraviesa en aquel instante su pecho, penetra por el vacío que ha dejado su brazo al agitarse en el aire, y la muerte derriba aquella orgullosa espada; la palabra de triunfo espira en sus labios, y cae hasta sin que lo noten sus compañeros. Solo su paje, que le ha seguido con ansiosa mirada, se halla allí para recibirle en sus brazos y alejarle del lugar del combate, mientras los suyos cargan y vuelven á cargar para morir, ya que no les sea dado salvarse por la fuga.

»El sol al salir alumbró á los muertos y á los moribundos; los pedazos de coraza y los yelmos sin cabeza; los caballos sin dueño, que vagaban por el campo de batalla y el arroyo, en cuyo torno agrupados los restos de tantos héroes, arrastraba los trofeos de esta sangrienta escena en sus rojas olas. Bajo un árbol, lejos de este sitio, yacía un guerrero; era Rolando que descansaba un momento antes de despedirse de la vida. Su antiguo compañero, y ahora su único guardian, su paje, estaba de rodillas junto á él, estrechaba su mano, y sonreía al ver cómo su dueño le apretaba la suya, ignorando quizá que la fuerza con que lo hacía significaba la agonía de la muerte. Pero el paje nada temía, nada sentía,

nada veía más que aquel pálido rostro que caía encima de su hombro; que aquellos ojos, que aunque turbios, encerraban para él toda la luz de la tierra.

»Vinieron los navarros, que al recorrer el campo no se creyeron vencedores hasta asegurarse de la muerte de Rolando. Quisieron llevarse, mas vieron que era en vano; él los miró con ese frío desden del hombre que se somete á su muerte; después se volvió á su paje, y le dirigió algunas palabras que ellos no pudieron comprender, porque las pronunció en una lengua extranjera, aunque entrecortadas: fueron muchas las palabras, y por su tono parecían importantes. El paje al oírlas se puso más pálido que el moribundo Rolando, y apenas pudo mover para contestarle sus cárdenos labios. Pero aunque baja la voz de Rolando, era clara y firme, hasta que cortó la muerte su aliento. Todavía entonces dirigió al paje una mirada, señaló al cielo, y quitando la cruz que llevaba en su pecho, quiso entregársela á su último compañero: este la cogió estrechándole la mano; quiso mirarle todavía ¡ay! con una mirada profana! y sonrió como si al partir su alma pretendiera despedirse de él; pero ¡ah! entonces volvió á caer su cabeza sobre el hombro del paje, y la noche la cubrió con su oscuro manto para siempre.

»Sin hablar, sin separar su rostro del suyo, el paje le contemplaba con desgarradora mirada; estrechaba la mano que tenía el sagrado y postrero regalo, y no se quería mover, como si temiera turbar el sueño de aquel héroe que había comenzado á vivir la vida de la inmortalidad. Aún permaneció largo rato, siendo vanos todos los esfuerzos para separarle del lugar donde había muerto su señor; el pesar le había casi vuelto loco: no lloraba, no suspiraba; pero se ponía furioso si querían arrancarle de aquel sitio donde no podía creer que dejara de estar Rolando. Pasados los primeros instantes de dolor triste y silencioso, edificó allí una choza que con el tiempo se convirtió en ermita, y fué después la iglesia colegial de Roncesvalles. Pero ¡ay! mucho antes de esta época murió el pobre ermitaño, y dicen que cuando fué á enterrarle el que había escogido y dejó para que le sucediese en

aquel lugar para rezar delante de la cruz y armas de Rolando, supo que era una mujer su difunto compañero.»

José S. BIEDMA.

LEYENDAS ESPAÑOLAS.

LA CRUZ DE PIEDRA.

(CONTINUACION.)

Pero todas las precauciones que tomó en el piso bajo fueron olvidadas en el superior, en la torre: abrió en esta una grande ventana ó mirador, espresándonos con propiedad que dominaba la campiña, en la que solían tomar el sol madre é hija en la ausencia de Fernandez, y á la cual se podía trepar fácilmente por la reja que colocó en la ventana del piso bajo, á la derecha de la entrada.

Como la fatalidad hace se olvide siempre el hombre de lo más conveniente, la casa del moro Fernandez quedó á merced del atrevido galán que asediara su castillo, movido por la belleza de su hija.

Zoraida, la estrella de la noche, como la llamaba su padre, era sumamente hermosa.

Morena, de ojos negros y rasgados, de estatura regular, de cabello negro como el azabache, velado en parte con una nube de lana de listas azules y blancas que ondeaba con gracia sobre su pecho, vestida con un traje claro ajustado al cuerpo, que le permitía lucir el flexible talle y sus bien torneados brazos, era de carácter alegre. La sonrisa siempre adornaba sus rojos labios; rara vez se contraía su frente bajo la fuerza de un pesar.

Hija de España, el país natal había impreso en ella la tranquilidad de espíritu de que Dios dotó á sus moradores: su tez, aunque morena, no tenía ese punto tostado del Africa que se descubría en sus padres.

El laud era su pasatiempo, y el amor el asunto de sus trovas.

Una noche que cantaba en su cuarto, que era el inmediato á la torre, á la derecha, doliéndose de su cautiverio y de su suspirado amor,

cruzaba por el atajo que conducía al castillo de la sierra un jóven de unos veintidos años, montado en un brioso corcel, precedido de dos criados montados en mulas. Como el atajo tocaba en un punto á la casa del moro Fernandez, nuestro caminante llegó á ella, y como el plañidero acento llegase á su corazón, jóven, hermoso y lleno de entusiasmo, creyó entrever en el canto una amorosa aventura, y no atendiendo más que á su primer impulso, echó pié á tierra, y dando las riendas de su caballo al criado mas próximo, le dijo:

—Aguardadme aquí, que por Victor que soy, me ha interesado la dolorida cautiva, y que no he de pasar adelante sin verla.

El criado, que ya conocía algo de la historia de Fernandez, trató de disuadirle de la empresa; pero todo fué en vano.

—Si no me abren,—contestó Victor á los prudentes consejos que le diera el criado,—derribaré la puerta..... ó escalaré la ventana.

—Ved, señor, que es temeraria empresa..... añadió el criado.

—Para quien ciñe espada todo es posible,—contestó Victor con altivez. Y sin atender más palabra se encaminó á la puerta, y dando fuertes porrazos con el pomo de la espada, aguardó que le abrieran.

Los golpes dados por Victor pusieron fin á la canción, y dejando Zoraida el laud, corrió á abrir la puerta creyendo que era su padre el que llamaba.

Esperando estrechar en sus brazos á su padre, que hacía tres días que estaba ausente de casa, habiendo ido á cambiar varios géneros por herramientas de labranza, su rostro estaba animado, su seno palpitaba agitado, y sus ojos despedían fuego.

Al abrir Zoraida la puerta, su primer impulso fué arrojarle en los brazos de Victor, juzgando que era el moro Fernandez; pero al ver un desconocido retrocedió azorada, conociendo la gravedad de su imprudencia, y dando un ¡ay! cerró apresuradamente la puerta para que nadie pudiese enterar á su padre de esta falta, que castigaria con rigor; pero Victor, que había quedado deslumbrado al contemplar la

hermosura de Zoraida, interpuso maquinalmente su brazo entre la puerta, con esposicion de que se lo rompiera al cerrar, conociendo las costumbres de los árabes, y temiendo con fundamento que la perdería para siempre.

Impeliendo Víctor con la mano que le quedaba libre la puerta, que amenazaba cortar el brazo, ya por el dolor real, cuanto porque inspirándola compasion, esperaba conseguir su objeto, que era verla y hablarla, la decia:

—Tened compasion de mi brazo, hermosísima Sultana, y no me priveis en mi juventud de un brazo que siempre os pertenecerá, y que estará dispuesto á defenderos en toda ocasion, pues á vos deberá su fuerza.

—Libre le tendreis, si me dais palabra, caballero, de retiraros al momento de estos contornos, y no turbar más mi reposo; porque vuestra presencia por aquí, con la imprudencia que acabo de cometer, serán..... Alá no lo permita!.... motivos de grandes disgustos para mí.

—Léjos de mi ánimo ocasionaros el menor daño!.... ¿Pero cómo he de poder olvidar vuestro divino rostro, si le llevo grabado en la mente, si os dejo en rehenes mi corazon? Vuestra hermosura me ha cautivado; siento nacer el amor en mi pecho, y conozco que faltaria á mi juramento si empeñase mi palabra de no volver á pasar más por aquí.

—Me quereis mal entonces?—esclamó la encantadora Zoraida con acento lastimero, viendo la obstinacion del jóven.—Tenia formada una idea más ventajosa de los caballeros cristianos; pero veo que por un capricho no reparan en alterar la felicidad de una jóven.

—Oh! Dios es testigo de que no es tal mi intencion! Pero si lo juzgais así, voy á probaros que os engaños, —añadió Víctor, herido en su pundonor, y algo corrido, pero sin quitar el brazo prisionero, con todo que la mora habia aflojado un poco la puerta para que le sacara sin lastimarse.

—Si cumplis lo que me ofreceis,—dijo Zoraida despues de una pequeña pausa,—os quedará eternamente reconocida. ¿Pero qué haceis que no retirais el brazo? ¿Quereis perderme? Sabed que mi padre es muy severo y me tiene

prohibido mostrarme á los estraños, y que si llega á enterarse de que os he abierto y hablado, aun cuando le jure que he abierto la puerta creyendo que era él..... estoy perdida!

Estas observaciones las hacia espresando con la modulacion de la voz el sentimiento y el temor de que estaba sobrecogida, temiendo una imprudencia de Víctor, que comprendia era un jóven resuelto y amigo de aventuras.

—Pues bien,—contestó el galan, que no era del todo indiferente á las reconvençiones de Zoraida,—me retiraré si me dais palabra de cantar todas las noches como hoy, y que en vuestros cantos me espresareis la alegría ó el dolor de que os halleis poseida. ¿Me jurais hacerlo así?

Zoraida, que durante este diálogo no habia dejado de contemplar á Víctor, sintiendo cierta inclinacion hácia él, le contestó:

—Como es mi costumbre diaria y casi continua el manifestar los sentimientos que me agitan, os ofrezco complaceros; pero si dais un solo paso que pueda comprometerme en lo más mínimo..... no cantaré más, ahogará en el fondo del alma la alegría ó el dolor.

—Prometo no turbar vuestra dicha; contestó apresuradamente Víctor. ¿Pero completareis mi ventura revelándome vuestro nombre?

—Segura de que no le pronunciareis sino á solas, no vacilo en decíroslo: me llamo Zoraida. —¿Y cómo es vuestro nombre?—le preguntó la mora, pretestando quererle conocer para ver si sabia cumplir su palabra; bien que en realidad deseaba saberle para dar nombre al que era causa de la nueva emocion que experimentaba en aquel momento.

—Me llamo Víctor.

—Y sois?....

—Soy.... soldado; es decir, estoy á las órdenes del Rey,—añadió Víctor para desvanecer la desconfianza que pudiera haber infundido en Zoraida su reticencia, queriéndola ocultar su linaje.

—Que cumplais pues vuestra palabra como caballero, y que Alá os guie;—dijo Zoraida abriendo un poco más la puerta y presentándose á la espectacion del jóven.

—Que Dios os guarde, encantadora Zoraida, y hasta mañana;—contestó Víctor á la sencilla cuanto severa despedida de la mora, con no menos intencion.

Y sacando el brazo prisionero, sin fijarse en el vivo dolor que le molestaba, tomó las riendas de su caballo, que guardaba Lope del freno, pié á tierra, para acudir á la primera voz de su amo, y ya montados, emprendieron lentamente el camino del castillo, entregándose Víctor á profundas meditaciones, prometiéndose la felicidad de esta casual entrevista.

Durante dos meses, todas las noches á la misma hora solia pasar un jóven por la senda que atajaba el camino del castillo de la sierra: este jóven era Víctor.

Montado unas veces en un soberbio corcel, y otras á pié, se detenía á escuchar el canto de la cautiva y encantadora Zoraida; y unas veces alegre y contento, y otras taciturno y displicente segun la letra de la cancion, se dirigia á su retiro, y en él se abandonaba á su felicidad ó dolor.

Esta vida incierta, ese bien, que así crecía como menguaba, que solo dependía de una estrofa que la buena ó mala fé podia dictar, no satisfacía ya los deseos del impetuoso y apasionado jóven baron. Estas platónicas visitas no habian pasado desapercibidas para todos: un moro las espiaba, y con la imaginacion exaltada las comentaba quizás en su verdadero sentido, ó bien movido por iguales sentimientos, presenciaba todas las noches la misteriosa cita.

El padre de Víctor, el viejo baron de Almuñiz, el querido de toda la comarca, hacia precisamente dos años que habia muerto la noche en que Víctor, lleno de amor y de esperanza, se sentaba en un sitio de su morada á contemplar los adelantos de su pasion, resuelto á tomar un partido definitivo, pues aquel modo de ser era vivir penando.

¡Hace dos meses que la ví, decia Víctor ensimismado, recorriendo la historia de sus amores, y desde aquel momento no se ha apartado su imagen de mi mente! Unas noches me dice que sufre y que llora; otras que ama. ¿Me amará quizás? ¿A quién ha de amar si no? se contes-

taba sonriendo, dando pábulo, si no á la vanidad, á sus deseos. ¿Me lo diria si amase á otro? se preguntaba él mismo con la mejor buena fé. —Si, sí, me ama; y como yo la adoro tambien, he de hacer cuantos sacrificios estén en mi mano para conseguirla. Si me ama..... me caso con ella; ya está decidido; dijo poniéndose de pié, como para poner en ejecucion el plan que formara mentalmente al suspender el periodo; pero deteniendo de pronto su fogoso pensamiento ante la idea que le asaltó de que era mora y él cristiano, dispuesto á allanar las dificultades que se presentaran, dijo con la mayor candidez: ¡Por poco me apuro! Se bautiza, y nos casamos; reconoce al Dios verdadero, y labra mi felicidad.

Y desde aquel instante solo ideó el medio de poder hablar á Zoraida.

Sin embargo que habia rechazado Víctor las pretensiones de su padre, que queria dedicarle á la Iglesia, optando por la carrera de las armas, tenia muy arraigadas las creencias cristianas, y por nada del mundo las habria sacrificado: así fué que, al pesar las dificultades que se oponian para que pudiesen llevarse á buen término sus amores, nunca se le habia ocurrido sacrificar su religion por la de Zoraida.

Dispuesto como estaba á tomar un partido extremo para conseguir el amor de la mora, habia ideado mil medios á cual más ingeniosos; pero todos tenian por base la violacion de su promesa. Pundonoroso y caballero, no queria faltar á la palabra empeñada de que no daria un paso que comprometiera á Zoraida, y temiendo con razon que cualquiera imprudencia que cometiese pondria fin á su secreta y misteriosa correspondencia, no hallando el medio que le relevase de su compromiso, con gran dolor prosiguió acudiendo á la cita sin hacer la menor manifestacion de sus vivos deseos.

Mil veces le tentó el Diablo para que escalase la mansion de su amor; pero la rectitud de su conciencia le detuvo al intentarlo.

Una noche tenebrosa en que arreciaba el viento con violencia y que caía el agua á torrentes, estaba Víctor clavado al pié de la ventana de Zoraida, esperando la cotidiana cancion,

cuando sonando un laud á la otra parte del camino entre la arboleda, entonó una varonil voz la siguiente estrofa :

No vuelvas, no, cristiano,
á pretender la mora;
no son para tu mano
las gracias que atesora:
olvida tus amores,
—así lo quiere Alá,—
ó teme sus rigores
si vuelves á rondar.

—Vive Dios que lo veremos!—esclamó Victor lleno de coraje, comprendiendo que la estrofa iba dirigida á él por algun officioso consejero. ¿Que no son para mí sus gracias? ¡Lo vas á ver, perro judío!

Y olvidándose de su promesa, arrimó el caballo á la pared, y subiendo de pié sobre la silla, asiendo el marco de la ventana, trepó hasta sentarse en ella. En esta incómoda posicion, mirando al interior del cuarto, observó que estaba en completa oscuridad, y recelando que el consejo del invisible cantor tenia alguna relacion con el silencio de Zoraida, temiendo causarla algun pesar, descendia de la ventana, cuando una voz dulce y sonora que hizo latir con violencia el corazon de Victor, le dijo muy quedito y con rapidez estas palabras, procurando no fuesen oidas más que de aquel á quien iban dirigidas:

—Victor, no volvais por aquí; os espondeis; cumplid vuestra promesa.

—¿Y os he de perder para siempre, amándoos como os amo, hermosa Zoraida?—replicó Victor en el mismo tono y con acento que revelaba toda la fuerza de su amor.

—Si no me prometeis que volveré á veros... no respondo de nada;—añadió el jóven baron, premeditando dar un golpe decisivo.

—¡Es imposible!—esclamó la mora, temiendo ya las consecuencias de la resolucion de Victor. —Aun cuando lo.... quisiera,—murmuró Zoraida, dándole á entender que de buena gana accederia, añadió ahogando un suspiro,—es de todo punto imposible: nos acechan.

—¿Y quién?

—Alí,—contestó la mora con dolor. Él ha hecho concebir sospechas á mi padre, contándole que todas las noches pasan por esta senda tres jóvenes cristianos y que se detienen á escuchar mi canto.

—Pero vuestro padre.....

—Cree que el mas jóven, que sois vos, está enamorado de mí.

—Y es verdad,—esclamó Victor exhalando á su vez un profundo suspiro.

—Y cree, prosiguió la mora, que yo os amo tambien, y que con mis cantares sostengo vuestra esperanza.

—Mi esperanza!.... ¿Y me amais acaso?

—Amaros..... dijo Zoraida cortando la frase, no atreviéndose á confesar lo que sentia en su pecho y que anhelaba revelar. Amaros..... no; pero.....

—Pero qué?—la preguntó Victor con ansiedad.

—Si no fuéseis cristiano.....

—Me amarias? la preguntó el jóven fuera de sí; ¿no es cierto?

—Oh, sí os amaría! esclamó Zoraida no pudiendo contener la pasion por más tiempo.

—¿Es decir..... que solo la religion nos separa?—balbuceó Victor pesando la gravedad del impedimento que tenia qué vencer.—Pero todo tiene remedio,—añadió alentado; haceos cristiana, adorad al verdadero Dios, y él tenderá su mano poderosa sobre nosotros; seremos felices.

Las palabras de Victor fueron interrumpidas por un rumor que iba aumentando en el interior de la oscura habitacion que ocupaba Zoraida. Abrióse la puerta de pronto, y apareciendo en ella una mora tan encantadora como la jóven, que traia una lámpara en la mano, dirigiéndose á los amantes esclamó:

—No perdais un instante, cristiano; partid volando; no sigais vuestro camino, y confiad en Alá.

—Huid, huid!—esclamó tambien Zoraida, conmovida y temblando.—Grande debe ser el peligro de que os avisa mi madre! Huid, por Alá!....

Pero por más que las moras trataban de

persuadirle advirtiéndole el riesgo que corría, Víctor, clavado en la ventana, sin atender á lo que pasaba en la parte exterior de la casa, que era indudablemente por donde debían atacarle los enemigos, contemplando estasiado la belleza de su amada, solo contestaba á los consejos:

—¿Y qué me importa morir si no me amais, si no he de poseer vuestras gracias que adoro rendido? Venga la muerte cuando quiera; que morir contemplándoos hará más dulce la muerte.

Viendo la madre de Zoraida la obstinacion del cristiano, y comprendiendo que si no huía presto quizás caería herido en sus brazos, le exhortaba con cariño para librarle del inminente peligro; pero el noble jóven le desafiaba con altivez.

Aterrorizada tambien Zoraida, previendo el desastroso desenlace que iba á tener el drama, conociendo la fiereza de Ali, y arrebatada por las sentidas palabras de amor que no cesaba de dirigirla Víctor, mirando con ojos lánguidos á su madre, que la idolatraba, como para pedirle su consentimiento, dijo con dulce cariño al cristiano, aproximando su rostro al de aquel de modo que su aliento perfumó el rostro de Víctor:—si partís en seguida..... juro por Alá que no os olvidaré nunca.

—¿Me lo jurais?—la interrogó Víctor lleno de alegría, disponiéndose á huir.

—Sí; os lo juro; pero debeis partir al momento.

—Pues yo os juro á mi vez, por Dios trino y uno, que os amaré toda mi vida.

Y saltando sobre su caballo que estaba piafando y con las orejas levantadas, señales de que temía algun peligro, sin dar tiempo á que se aproximara una sombra que se adelantaba hácia él, volvió grupas, y soltando las riendas á merced de su corcel, se perdió en la llanura dejando burlados á Ali y sus perseguidores.

—El Diablo le protege!—esclamó indignado el feroz Ali envainando la gümia.

—Sí, por Alá, dijo otro: nuestro era ya el cristiano si el Diablo no le avisa! Todas las noches emprende este camino, y hoy... maldito sea!

—No hay que apurarse por esto, contestó

Ali, que estaba premeditando su venganza: otro dia no le salvará ni Satanás.

Vamos, recogeos, que ya es tarde,—añadió el bandido; procurad que Fernandez ni sus mujeres se enteren de vuestra salida, y hasta mañana.

Y envolviéndose en un cumplido albornoz blanco, se dirigió al castillo del baron de Almuñiz.

(Se continuará.)

Faustino BASTÚS.

EL MARTIRIO DE SANTA EULALIA.

Diocleciano es proclamado emperador de Roma: su proclamacion se hace el 29 de agosto del año 284, desde cuya fecha principia su era y la de los mártires, notando que estuvo en uso por mucho tiempo en la Iglesia este cómputo, y que todavia lo está entre los coftos y abisinios. Nos dice la historia que habiéndose avisado Galerio con Diocleciano despues de la guerra persa para tomar un partido respecto de los cristianos, celebraron consejo con unos cuantos magnates, todos los cuales resolvieron estirpar una secta, que propagándose independiente en el corazon del Estado, embarazaba su movimiento y podia amenazar su existencia. En verdad el progreso del cristianismo descomponia la unidad tan necesaria en las leyes y en las creencias, y el que quisiera consolidarla, debía hacer dominante á la nueva religion ó destruirla por la raíz. No tuvo Diocleciano, dice un célebre historiador, el buen sentido ó la voluntad de hacer lo primero, é intentó lo segundo; pero de una manera tal, que horroriza. Estalla ciertamente bajo su dominacion una guerra de crueldad y persecucion contra los cristianos, que bien justifica el escribir *Era de Diocleciano, era de los Mártires*. La proscripcion es general: por donde quiera que hay templos cristianos, la demolicion: allí donde hay Cristo, y quienes le sigan y lo confiesen, se ve que está en ejecucion el terrible decreto, el suelo sembrado de mártires: mil y mil tormentos se inventan y en escala ascendente hasta tocar el último esfuerzo en que puede darse á conocer la

negacion de todo sentimiento, de toda manifestacion en el corazon, en la humanidad, cuyo dulce eco ya habrá sonado. La vida en la idea está por desaparecer, y por consiguiente nada de extraño que diga el imperio: Al ídolo, ó la muerte!

La España, desde que tiene vida histórica, en todas sus edades lleva héroes, enseña glorias: no en menor escala presenta mártires en el progreso histórico del cristianismo: y propósito; la España, bajo el imperio de Diocleciano, aun cuando sujeto á Constancio, tuvo en el gobernador Daciano un ejecutor feroz de la proscripcion. En obsequio y para enseñanza vuestra, jóvenes estudiosas y cristianas, he formado empeño el procuraros, y en la oportunidad, un tipo que sea un bello ideal en la historia de los mártires: este lo es una mujer, porque por lo mismo que se llama sexo débil, tambien la historia hoy dice, de una mujer fuerte, de una mujer firme: tambien en el martirio se encuentra la mujer. A la verdad, en el gran libro de los mártires dan páginas gloriosas, y sin salir de nuestro suelo, mil y mil mujeres, quienes arrojadas en su manto de virginidad, no se desenvuelven para recoger el oro ni la diadema que se les ofrece en la deshonestidad: tampoco se ablandan delante del tirano: en su fé, en su valor, como rocas se mantienen firmes, y no se asustan y no temen la muerte; antes bien sonrien ante la cuchilla del verdugo. ¡Admiraos, niñas! entre estas mujeres que así realizan la bella teoría del sentimiento en el cristianismo, se cuenta una joven de diez y seis años escasos: es una hija del campo, la que divinamente inspirada en el deseo del martirio, arranca en el silencio, en el secreto, del lado de sus padres, y como ráfaga que cruza en el espacio, avanza y rompe por densa niebla, que no deja cielo á Barcelona; se abre paso por entre las llamas que flagran los cuerpos de los cristianos en la hoguera; corre, y no para hasta ponerse delante de Daciano, que en esta ciudad se encuentra de gobernador. Pues bien: llega esta joven; ya está enfrente de él; y sin que la arredre el aparato pretoriano, ni el tribunal, ni amenazas, ni las sentencias que escucha, ni aun cuando lee en la muerte,

en voz de inspiracion esclama: ¡«Uno solo es el verdadero Dios, omnipotente, criador de todas las cosas y Señor..... á quien Diocleciano, y Maximiano, y tú, y todos los hombres están obligados á venerar. ¿Por qué pues tú, Daciano, te atreves á derramar la sangre de los cristianos, y obligarles á que veneren dioses falsos? ¿Por qué ese empeño en hacerles desertar del verdadero Dios, para que en su lugar adoren á un mero simulacro?» Tal arrogancia en una mujer joven hace sorprender á Daciano, y turbado dice: «¿Quién eres tú, que así hablas contra la Majestad imperial, y no temes faltar á la reverencia que se debe á sus ministros? Apenas Daciano concluye de hablar, cuando esta tierna joven se desemboza de su forma misteriosa, abre su boca como cielo, y sus labios, hermosos como corales, pronuncian y hacen esta sublime confesion: «Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, el que es Rey de Reyes, Señor de los poderes y dominadores; es el Hijo unigénito de Dios Padre y de su Madre la Virgen María, y á quien solamente debe dársele culto y honor divino.»

Eulalia concluye con esta gloriosa confesion de fé, y una luz parece con su esplendor cegar al tirano; pero este, encarnado como estaba en la vieja idea del imperio, bien pronto despierta; irradia en su semblante la ira, y rabioso como si fuese una fiera, se levanta, señala hacia donde está Eulalia, y manda que en el momento la aten, la custodien y la azoten. La tierna virgen sin resistencia obedece; muéstrase firme, constante en el tormento; sonrie en él, y burla al tirano. Esto hace que Daciano se irrite más y más, y decreta que aquella mujer sufra y recorra la escala de toda clase de suplicios. Principiase por el tormento del potro, y sujeta Eulalia á esta máquina, la hacen sufrir cruelmente; despues, con uñas de hierro despedazan su carne; teas encendidas en llamas arrian á su pecho virginal y costados, y las detienen hasta verlos abrasados; tambien disponen que todo su cuerpo sea untado de aceite; hecho esto, lo arrojan sobre cal viva, y lo envuelven con el objeto de conseguir que con el ardor de la cal se abrasen sus entrañas; no contentos to-

davía, hacen derramar sobre el cuerpo de Eulalia plomo derretido é hirviendo, procurando frotarlo bien con instrumentos muy á propósito; introducen por su nariz al mismo tiempo una fuerte mistura de vinagre con mostaza bien triturada; y para que no quedara sentido sin que estuviera en un cruel padecimiento, llega el horror hasta el punto de encender candelas, y con ellas quemar los castisimos y hermosos ojos de nuestra tierna virgen; pero ni el potro, ni las uñas de hierro, ni el aceite hirviendo, ni el plomo derretido, ni la cal viva, ni quemar los ojos, ninguno de estos suplicios ha podido cam-

biar el ánimo de Eulalia. La fortaleza, la constancia, la gracia, se aumentan en la esposa de Jesucristo en proporción que van creciendo los tormentos: cuanto más intenso es el dolor en el sufrimiento, más viva es su fé en Aquel que ama y por quien sufre. Es admirable: Eulalia ora á Dios en el tormento, y alegre le da gracias; cuando se ve que están llenos de fatiga los que están encargados de dar el tormento, ella no da señales ni de tristeza, ni de cansancio, ni de la más leve molestia; al contrario, muéstrase con un valor indecible, y con una alegría que encanta y arrebatada.



El martirio de Santa Eulalia.

Burladas así por una jóven las medidas que Daciano toma, y que ha ingeniado para hacerla desertar del culto del Dios que confiesa, suspende el tormento en la parte material, y apela á la infamia, á la ignominia; porque tratándose de una jóven, él pensaba así triunfar de la fortaleza de Eulalia. En su intento, Daciano manda que esta jóven honesta y verecunda sea conducida por las calles y plazas según se encontraba desnuda, dilacerada, ensangrentada, toda hecha una ampolla; el resultado del aceite hirviendo, del plomo derretido y de la cal viva en que la han revolcado. ¡Espectáculo cruel y acer-

bísimo! Pero..... el Dios que da vestido á los animales de la tierra y á los pájaros que vuelan en el espacio, ese mismo Dios procura para su esposa Eulalia ricas cubiertas: un vestido esplendente la cubre; nieve cae del cielo, y en forma maravillosa viste el cuerpo de la sagrada virgen, y al par que la sirve de ornamento, también le sirve de celestial refrigerio. Esto hace que la esposa de Jesucristo aparezca bella y encantadora á los ojos de todos los espectadores: el triunfo sobre el tirano es bien público y glorioso; porque Eulalia, envuelta en su túnica de cielo, ha burlado la infamia é ignominia que in-

genia en vano Daciano para hacerla cambiar de propósito: desesperanzado ya este de alcanzar la victoria, en desesperacion y mordiéndose de rabia, decreta que aquella mujer la claven en la cruz. Eulalia, tan luego como ella se admira en la cruz, se acuerda de su amado Redentor Jesús, y su gozo es imponderable, celestial. ¡Qué alegria! ¡Yo donde Jesús, igualmente tratada! No cesa en su regocijo de orar y bendecir á Dios, de glorificarle por el grande favor que la dispensa. Las formas del tormento ya concluyeron para Eulalia: el idolo murió para esta jóven, que escondida parecia estar á unas tres leguas de Barcelona. ¿Qué es, por último, lo que Daciano hace de esta tierna y hermosa jóven que ha triunfado en la escala de los tormentos? Manda que la corten el cuello, hace rodar su cabeza por el suelo, resultando que Eulalia recibe la corona del martirio en el siglo IV. El alma de Eulalia sale milagrosamente de su cuerpo, y en forma de paloma, con admiracion de todos, vuela hácia el cielo y desaparece. Los cristianos que allí se encontraban recogen el cuerpo, y con mucho cuidado lo sepultan en las afueras de Barcelona. En una capilla que hay subterránea en la catedral de dicha ciudad, se conserva hoy el cuerpo de esta santa mártir; y siendo la patrona de la capital, es mucho el culto y la veneracion que tienen los hijos de Barcelona á Santa Eulalia. Os recomiendo, jóvenes, que os detengais y estudiéis el magnífico y edificante cuadro que nos ofrece esta jóven mujer en el martirio: sirvaos Santa Eulalia de ejemplo en la constancia; sed fuertes como ella; abrazaos á la cruz; seguid á Jesucristo; amad en él, y nunca os desvieis de su doctrina.

Casimiro CLAVIJO.

LA LETRA CON SANGRE ENTRA.

El sentido literal de este antiquísimo refran es que el que pretenda saber ha de aplicarse, sudar y trabajar mucho, y nunca entendieron los maestros y profesores razonables de la antigüedad que la enseñanza habia de llevarse á cabo y conseguirse á fuerza de azotes y otras me-

didias tiránicas, como practicaron algunos pedagogos bárbaros y desnaturalizados de otros tiempos.

Y aquellos tiranuelos no se contentaban con azotar desapiadadamente á los niños, sino que luego los obligaban á besar el azote ó las disciplinas en reconocimiento de que habian merecido el castigo y que justamente habian padecido por sus faltas ó culpas, de donde nació el refran *besar el azote*, por reconocer justo el castigo que se recibia.

V. Joaquin BASTUS.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

Para tener derecho á merecer el aprecio de los demás, es menester que te conduzcas con ellos de la misma manera que tú exiges.

El hombre colérico no puede gozar de felicidad duradera, porque la menor cosa le inquieta y le perturba.

La calumnia hiere á tres hombres: al calumniado, al calumniador y al que le escucha.

Es casi tan glorioso reconocer y celebrar el mérito de los otros, como tenerle uno mismo.

La envidia sigue al mérito como su sombra, y como tal prueba su solidez.

LOS DOS MASTINES Y EL LOBO.

FÁBULA.

Un lobo y un fiel mastin
 Riñeron con gran furor;
 Pero quedó vencedor
 El perro en la lucha al fin.
 Triunfante dejó el botín,
 Y segun cuenta la historia,
 Contentóse con la gloria;
 Que quien hidalgo ha nacido
 Jamás ofende al vencido
 Cuando alcanza la victoria.

Pero otro lobo aun mayor
 Llegó al ganado despues,



Y el mastin quedó á sus piés
A pesar de su valor.
El sangriento vencedor
Al cadáver se abalanza
De quien no teme asechanza,
Y ciego se ceba en él;
Que el pecho vil y cruel
Solo goza en la venganza.

El Barón de ANDILLA.

MARGARITA LA JARDINERA.

Era un día de invierno, de esos días que solo se disfrutan en Madrid, que aun cuando el frío es intenso y crudo, ni la más ligera neblina empaña el diáfano ambiente, y se mira con ojos de alegría y satisfacción el purísimo azul del cielo.

En uno de esos días en que brilla el sol prestándonos su benéfico calor; que la naturaleza parece olvidar la lluvia y escarcha que la cubrió de tristeza, y que hace esclamar á los extranjeros prendados de su magnificencia: ¡Oh, qué cielo, no tiene igual en el universo! entraba Margarita, arropada con una capa de terciopelo negro y sombrero de fieltro adornado con dos plumas rizadas de color chocolate, en el jardín del Valenciano. Daban las doce: Francisco estaba sentado en un banco de piedra al pié de una tapia, que hacia el doble oficio de sitio y de estufa natural; estaba fumando, y contemplaba en silencio los árboles de su huerto.

—¿Cómo es eso, no se trabaja? le interrogó de pronto Margarita, que había llegado corriendo hasta Francisco, acallando el ruido de sus pisadas el piso, blando todavía por la reciente lluvia.

—No, hija mía, no; le contestó Francisco con dulzura, al ver que era su parroquiana. Este mes es de holganza; hace mucho frío para trabajar, prosiguió el jardinero, acurrucándose y mirando con intención á la mamá de la niña, que se sonreía comprendiendo su idea.

—¿Con ese sol tan hermoso tiene V. frío? ¿Por el frío abandona V. sus plantas? ¡Oh, qué mal hace V., Francisco! exclamó Margarita con la más profunda reconvención.

—¿Me juzgas desagradecido porque no dedico mis afanes á esos troncos tristes y despojados de toda gala, cuando me han prodigado sus encantos, me han regalado preciosas flores, me han alimentado y enriquecido quizás con sus productos? ¡Es verdad! Pero nada puedo más hacer en su beneficio, que es el mío, sino separar las ramas muertas, podar los árboles, á imitación del cirujano que amputa un miembro enfermo para preservar al cuerpo de la muerte. Porque has de saber que si no se podasen los árboles en su tiempo, irían secándose lentamente, y por fin se morirían.

—¡Oh! ¿Pues por qué no los poda V. hoy mismo? Yo, en cuanto llegue á casa, cortaré en seguida dos ramas que se han secado de míperal, para que no se estienda la enfermedad al tronco y se muera. ¡Ya quisiera estar en casa!

—No hagas tal, si es que estimas el árbol.

—¡Y tanto que le quiero!

—Todas las cosas tienen un término dado, y adelantarle ó atrasarlo es arrogarse los poderes de la naturaleza: no basta la buena intención para santificar un hecho, ni se puede por consiguiente apreciar una falta sin conocer los motivos por qué se obró de tal ó cual manera. Tú me has tildado de perezoso, desagradecido, y no sé cuántas cosas más.....

—¡Oh! No, Sr. Francisco; yo no he dicho más que.....

—Aun cuando no lo ha repetido la boca, lo ha dictado el corazón, y basta para probar tu ligereza.

—Es verdad; añadió la madre.

—Pues crea V., Sr. Francisco, que no he tratado de ofenderle en lo más mínimo; que le estimo, y... murmuró confusa la pobre niña reconociendo su falta, dispense V. mi ligereza.

—No hablemos más de ello: sé que eres buena, y que solo ha sido efecto de tu cariño á las flores.

—Sí señor, sí. ¡Las quiero tanto!

—He dicho que no debes podar tu peral, como yo no podó mis árboles, porque las heladas de estos días y el frío que está haciendo todavía podrían perjudicarles mucho, y en lugar de hacerles un bien les ocasionaríamos un grave

mal : cuando se pasen unos días , que disfrutemos de sol como hoy , entonces ya es otra cosa ; corta , pero con unas tijeras ó cuchillo fino , los ramitos secos , en forma de pico , porque siendo la seccion inclinada , si brota la sávia por la herida , resbala fácilmente , y al contacto del aire se cubre de una capa leñosa que ayuda al des-arrollo de las yemas inmediatas.

Este mes es de holganza ; conque así , supuesto que ya han dado las doce , yo me voy á comer , y tú á tomar el sol en el Retiro.

Y saliendo juntos del jardin , se fué Margarita á disfrutar del hermoso dia , y á su casa el pobre jardinero.

Faustino BASTÚS.

DIOGÈNE ET L'ESCLAVE.

Diogène parcourait la ville d'Athènes en plein midi , une lanterne à la main , pour découvrir un homme.

Passant un jour devant le temple de la Charité , il vit aux portes un pontife , et lui cria : « Seigneur , par pitié , accordez-moi quelque aumône , ne fût-ce qu'une obole pour soulager ma vieillesse défailante.

— « Que ma bénédiction te suffise , ô mon fils ! » dit le pontife , et il entra dans le temple de la Charité.

Le philosophe arriva devant une boutique ornée de guirlandes , d'éventails et de vases de pommade. Une jolie femme y faisait des emplettes.

« Vous dépensez pour vos plaisirs , madame ; n'aurez-vous pas compassion d'un misérable tourmenté par la faim ?

— En vérité , dit notre élégante , la misère me fait pitié : tiens , mon ami , achète un pain d'orge..... Elle lui jeta un denier ; puis elle donna gaiement à la marchande douze pièces d'argent , prix d'un collier pour son chien.

Le Cynique s'éloigne en se grattant l'oreille.

Le prince de Salamine passait dans un char magnifique , Diogène court et s'accroche à la portière dorée : « Arrête , fils des dieux , écoute-moi !.....

— Va-t'en , rustre , s'écrie le prince , ou je te fais assommer. »

Un esclave qui le voit , arrache le vieillard de la portière , et en même temps jette deux deniers dans son bonnet.

« O Dieux ! s'écrie le sage , j'ai donc enfin trouvé un homme , et cet homme est un esclave ! »

Il dit , et éteint sa lanterne.

HIGIENE DOMÉSTICA.

VESTIDOS DE LOS NIÑOS.

I.

El vestir una criatura es materia tan simple , que es digno de admirar quien yerre en ello ; y sin embargo , muchas criaturas mueren y otras viven deformes por el poco cuidado que se observa en esto. La naturaleza no determina otro objeto en el vestido de las criaturas , que mantenerlas abrigadas ; y para esto no se necesita más que envolverlas con una cubierta suave y desembarazada ; y si las madres solo siguieran las leyes de la naturaleza , no se apartarian de este método ; pero el asunto de vestir los niños ha estado mucho tiempo ignorado de las madres , y al fin se ha hecho un secreto , que solo pretenden saber las comadres.

Considerándose necesaria la asistencia de las comadres , el vestir las criaturas pasa á los oficios de aquellas ; y esplotando la vanidad de los padres que quieren á su hijo perfecto , se suponen las comadres instruidas en el modo de envolver y vestir una criatura , como un cirujano en aplicar los vendajes á un miembro cortado ; y el pobre recién nacido tiene encima tantos lios y envolturas como si le hubiesen roto todos los huesos al nacer ; y como estos son tan delicados , no solo comprimen y lastiman el tierno cuerpo , sino que dificultan el movimiento del corazón , de los pulmones y demás órganos necesarios para la vida.

En varias partes de Inglaterra se ha desterrado ya la práctica de envolver las criaturas con tanta ropa , convencidos de que en vez de perfeccionar la figura , contribuye á la deformidad.

¡Qué poca deformidad de cuerpos se ve en las naciones bárbaras!

Los salvajes dejan en libertad los órganos, y así acontece que al tiempo que nuestras criaturas salen de los brazos del ama, los suyos son más fuertes y robustos y se manejan por sí mismos.

Entre los brutos no es necesario el arte para darles la forma que deben tener; y aun cuando hay algunos estremadamente delicados cuando nacen, nunca vemos que crezcan corcovados ó torcidos por falta de fajas que los agarroten.

(Se continuará.)

EL GATO Y LA RATA.

Se forman en círculo los niños dándose las manos, procurando que alternen en sexo: una niña colocada en medio de la rueda es la rata, y un niño es el gato. Se gira rápidamente de izquierda á derecha levantando los brazos, para que el gato pueda pasar por debajo y penetrar en el centro, al mismo tiempo que la rata logre escaparse por la parte opuesta.

El gato salta alrededor dan-do maullidos, y procurando encontrar una entrada: cuando se acerca á un lado, se estrechan prontamente los brazos, y aquel no pierde tiempo en procurar abrirlos, sino que pasa al sitio menos defendido. Si es diestro, entra en la rueda; pero al mismo tiempo se le proporciona salida á la rata, y entonces se procura encerrar al gato estrechando la cadena.

No obstante, como la ley del juego es la de saltar y girar, el gato, siempre alerta, descubre

pronto un vacío por donde evadirse y asir á la rata, que se refugia corriendo en la rueda, su-cediendo pocas veces que no entran juntos. Aún es más raro que no consiga penetrar en la rueda cuando está la rata en ella y que no la atrape, obligándola á pagar..... lo que se haya estipulado.

En este caso el gato y la rata descansan ha-ciendo parte en la rueda, poniéndose otros su-cesores.

El juego sigue hasta tanto que todas las niñas han hecho de ratas y los niños de gatos.

Este juego, á la par que es muy divertido, proporciona bastante ejercicio.

ENIGMA HISTÓRICO.

Una ciudad del mediodía de España es incen-diada despues de un largo sitio y de un asalto sangriento. Un guerrero céle-bre fuerza á me-dia noche las puertas de un palacio, y obli-ga al último rey á postrarse ante la cruz que lleva el gran maestre de Calatrava, se-guido de religio-sos caballeros.

Los restos de las armas espar-cidos y los tra-jes de los afri-

canos revelan que la victoria ha sido disputada mucho tiempo.

En un patio se descubre una preciosa fuente; el mar se confunde con el horizonte.

(La solución en el número inmediato.)

Solución del acertijo anterior.—EL ORO.

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: **D. Ramon Vicente.**

MADRID: 1860.

IMPRESA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.



El Gato y la Rata.